

Dr. HUMBERTO GARCIA ORTIZ

# Dinámica de las Fuerzas Físicas y Sociales en el Ecuador

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



## DINAMICA DE LAS FUERZAS FISICAS Y SOCIALES EN EL ECUADOR

PAISAJE Y OBRA CULTURAL.—Para nuestros tiempos resulta ya antiguo el criterio de considerar toda obra humana —y la cultura lo es por excelencia— en función del suelo sobre el que ha surgido. Las contribuciones a este respecto han sido y son instructivas y abundantes, pero no ha sido fácil sentar las posibles relaciones, por ejemplo, entre la actividad del hombre y la actividad del suelo. Es claro que se ha dicho, en términos más o menos generales, que la influencia del medio ambiente geográfico, externo, del clima, de las condiciones naturales, etc., ejerce un papel preponderante sobre los individuos y sobre los grupos humanos; pero, a pesar de ello, decir esto no es todavía fijar las relaciones válidas entre tales factores y estos conglomerados.

Precisamente esto es lo que tratamos de abordar en este punto, con referencia a nuestro territorio, no con el ánimo de pretender haber encontrado la solución al problema, sino apenas con la intención de acercarnos a ella.

No necesitamos tampoco comenzar por describir nuestro **paisaje** —en el sentido spengleriano— pues lo suponemos conocido y tenemos por entendido que todos guardamos una **idea** general sobre lo que constituye "nuestra realidad antro-po-geográfica". Y decimos realidad antro-po-geográfica, porque, a esta hora del mundo, es ya difícil hallar un escenario totalmente desprovisto de alguna forma de intervención del hombre sobre él. Lo que solemos llamar nuestro medio geográfico no es ya la pura manifestación de la Naturaleza; hay ya trazados sobre él los caracteres de nuestra civilización, en forma de caminos, de construcciones agrícolas, de ciudades, de vías férreas, etc. Es decir, hay ya la obra del



hombre vitalizando y poniendo en función un determinado conjunto de elementos naturales que viene a ser justamente la realidad geográfica ecuatoriana.

Queremos, sin embargo, destacar, desde este punto de vista, un carácter particular de nuestro país, sobre el cual se debe insistir constantemente, y que no puede ser menospreciado, ni subestimado ni por nosotros, ni por los extraños, pues constituye el carácter fundamental del país. Nuestra Geografía y nuestra Geología nos asignan sin lugar a dudas la condición vital de **país amazónico**, y esta condición no podemos perderla bajo ningún aspecto, porque sería negar una evidente verdad, palpable a cualquier observador, con sólo mirar un buen Mapa de América. Somos parte integrante de la Hoya Amazónica, nuestros ríos y nuestros montes van a morir en esa gran cuenca, y estamos tan conexionados con ella que bien podemos afirmar que, ya desde las primeras edades del Continente, lo que hoy es el Ecuador sirvió como de gran puente entre la Hoya Amazónica y las culturas situadas en las riberas del Pacífico. La gran comunicación intracontinental se realizó indudablemente a través de territorio, de suelo ecuatoriano, uniéndolo a pueblos y culturas de origen oceánico, polinésico o mayoide, con pueblos y culturas de origen amazónico, caribe o atlante.

Así se ascendía desde las planicies atlánticas o pacíficas, por las vías naturales de los ríos navegables, hasta las altas mesetas interandinas del Ecuador, por donde pasaba el curso del Sol en todo su esplendor. Cumplíase así, además, aquel principio sociológico de evidente notoriedad, que indica que el **camino** fue el gran elemento creador de civilizaciones en un tiempo remoto, en que todavía los hombres y los pueblos no disponían de un territorio fijo y estabilizado. Y es obvio que antes de los caminos terrestres hubieron de utilizarse los caminos fluviales y marítimos, como quiera que el transporte por ellos había sido ya dominado.

Navegando aguas arriba los ríos que desembocan en el Pacífico y navegando aguas arriba los ríos que desembocan en el Atlántico, los hombres y grupos primitivos arribaron a las más altas mesetas de los Andes, tanto aquí en nuestro suelo, como también en otros pueblos que hoy constituyen Estados o Naciones diferentes.

Y es por toda esta verdad geográfica, histórica y humana, por lo que no podemos renunciar a nuestra calidad telúrica de país andino y amazónico.



LAS BASES DE NUESTRA VIDA SOCIAL.— Ahora bien, si examinamos, dentro de otro plano de consideraciones, el tipo de sociedad que se organizó desde los más antiguos tiempos en este territorio ecuatoriano, hay que convenir en que las bases de ese tipo de sociedad fueron las de una organización agrario-pastoril, forma de vida que ha imperado en la mayor parte de nuestras regiones y durante los más largos períodos de nuestro desarrollo histórico, subsistiendo hasta ahora en lo fundamental. No hemos sido, ni podíamos ser un pueblo navegante, ni un pueblo comerciante, ni nos ha caracterizado la industria minera, ni ninguna otra industria de contornos nacionales. El gran sello impreso en nuestras sociedades, desde el principio de su organización, ha sido el de una organización económica de tipo agrario-pastoril, la misma que no puede ser arrancada de raíz, ni sustituida por otra, porque está precisamente en la entraña de esta formidable ecuación planteada entre el suelo y el hombre del Ecuador.

Lejos de esto, lo que se debiera procurar, dentro de una acertada planificación científica de la economía ecuatoriana, es incrementar ese tipo de organización, con sus correspondientes actividades, marchando a tono, como es natural, con los requerimientos de la técnica moderna; pues no queremos que se piense en un estancamiento o en una negativa a la intervención de otras actividades económicas, como las industriales, por ejemplo. Pero querer hacer del Ecuador un país caracterizado por un tipo de sociedad industrial o de cualquier otra índole es desconocer las bases fundamentales sobre las que está y ha estado asentado nuestro país desde el comienzo de su Historia, y aún desde antes de ella.

Es cierto que todavía la obra civilizatoria del hombre ecuatoriano no cubre todo nuestro espacio, es verdad que todavía existen en nuestro país regiones en "**estado natural**"; es cierto que todavía la técnica tiene mucho que hacer en el Ecuador; pero esto no nos autoriza a suponer que sea fácil ni conveniente un cambio estructural en la organización social, económica y cultural del pueblo ecuatoriano.

Somos descendientes de antiguos clanes nómadas pastores y de posteriores tribus agrícolas sedentarias; somos un producto cultural mezclado en el que concurren viejos ancestros de cultivadores del suelo y poderosos estímulos de apacentadores trashumantes. Estos caracteres no pueden ni deben perderse, y como lo que imprime sello o matiz funda-



mental en una forma de vida humana es la primera conformación original adoptada en virtud del mandato de las fuerzas plásticas de la Naturaleza y del Hombre, resulta evidente que está en la naturaleza de nuestra sociedad — en cuanto forma de cultura típica — el ser una sociedad de basamento agrario-pastoril.

En este sentido, el suelo, el territorio ecuatoriano adquiere una importancia capital y decisiva para el proceso sociológico del desenvolvimiento de nuestra nacionalidad, porque es preciso convenir en que la más alta coalescencia social a la que se ha llegado hasta ahora es la forma de organización nacional.

Desde otro punto de vista, el territorio cumple asiduamente una función específica de grandes alcances, en cuanto sirve para enlazar, para ligar a los hombres, uniéndolos en una comunidad vital, agrupándolos en un espacio determinado y entretejiendo relaciones de carácter horizontal entre los diversos grupos humanos. Y tan fuerte e importante ha llegado a ser la influencia del territorio sobre las formas de agrupación humana y de organización social que ha devenido un elemento inseparable de la actual forma estatal, a tal punto que no puede lícitamente concebirse un Estado desprovisto de la indispensable base territorial.

#### EL TERRITORIO Y LA ORGANIZACIÓN SOCIAL —

Los tipos de organización social pueden reducirse, al fin y al cabo, a dos: el **gentilicio** y el **territorial**, habiendo llegado a ser el Estado la forma por excelencia del segundo de los nombrados. Inclusive la terminología nos está indicando que la nota distintiva del Estado radica en su posición de estar allí, en algún espacio geográfico, y, bajo esta consideración, aparece como la forma social típica estructurada sobre base espacial.

Los dos tipos anotados tuvieron su primera manifestación en el **Clan** (comunidad de sangre) y en el **feudo**, respectivamente; pero andando el tiempo, y ya en épocas recientes, esa misma vinculación original, de la sangre o del suelo, ha engendrado las formas modernas del Estado y de la Nación, correspondiendo al Estado el tipo de vinculación territorial y a la Nación un sustituto del tipo de vinculación consanguínea, cual es el de la vinculación **histórica**, desplazándose así el elemento cardinal de esta vinculación de un plano natural a un plano cultural.



Y es tan cierto que el territorio constituye un momento esencial de la organización estatal que aún una Teoría del Estado puramente normativa como la de Hans Kelsen —que ha llegado a la identificación casi absoluta del Estado y del Derecho— toma en cuenta la noción de un ámbito espacial de validez del llamado "orden jurídico vigente", como elemento constitutivo de ese mismo orden jurídico.

Se produce así una incorporación del territorio al Estado, una especie de absorción del territorio por parte del Estado y del Derecho, pudiendo hablarse de una **juridificación** del espacio geográfico correspondiente; manifestándose esto, en el terreno de los hechos, en la efectiva civilización u ocupación de ese espacio, para lo cual, como es lógico, se requieren hombres e instrumentos adecuados.

En este punto hay que reconocer valientemente que uno de los factores adversos para nuestro país, dentro de lo que podríamos denominar política territorial del Ecuador, y que ha constituido un principal elemento de nuestra tragedia limítrofe, ha sido el no haber podido o querido ocupar plenamente, con caracteres de permanencia y de civilización, todo el espacio territorial que nos correspondía. Ha sido una desgracia el que el crecimiento de la población no permitiera ocupar nuestro inmenso territorio, al menos con puestos de avanzada, colocados en sus extremos límites. Si nos hubiéramos preocupado de mantener colonias agrícolas y militares en el círculo de la frontera, desde el siglo pasado, o sea, desde cuando surgió a la vida el Estado ecuatoriano, con los rasgos actuales, no habríamos tenido que lamentar la lenta ocupación de nuestro suelo por parte del Perú y el lento despojo de que hemos sido víctimas.

Es claro que esto no justifica el despojo ni quiere decir que haya de renunciarse a la reivindicación; pero, como se trata de reconocer ciertos hechos en toda su desnuda realidad, es ocioso que ocultemos nuestras propias debilidades o nuestros propios errores, tratando sólo de echar la culpa sobre el mal vecino o sobre el encubierto enemigo.

LA TESIS DE LA ECUATORIANIDAD.—Pero, tal como están las cosas, vale la pena enunciar la necesidad de mantener como tesis fundamental de la **ecuatorianidad** la de procurarnos a todo costo, una salida fluvial y vital al Amazonas — nuestro río—, como condición indispensable para la subsistencia misma del Estado ecuatoriano. Esto no puede



ser renunciado nunca por el pueblo cuyos antepasados justamente descendieron al Gran Río desde Quito.

Es cierto que se pueden hacer cesiones territoriales, que se producen enexiones, de buen o mal grado, de parte de Estados fuertes para con los Estados débiles; pero la continuidad histórica y jurídica de un Estado queda comprometida seriamente si se pretende despojarle de sus condiciones vitales, impuestas por la fatalidad de los hechos geográficos.

No se trata aquí del planteamiento de la revisión o de la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro, y, desde luego, estaríamos nosotros más de acuerdo con lo segundo; se trata simplemente de proponer a la conciencia de América y del Mundo una situación de **irredentismo**, similar a muchas otras, que mientras no sea resuelta favorablemente ha de perturbar el ambiente continental y ha de causar más de un problema en el futuro.

Así como es necesario reconocer la justicia de la demanda boliviana, para una salida al Océano Pacífico; de la demanda guatemalteca para la restitución del territorio de Belice; de la demanda argentina, para la restitución de las Islas Malvinas, y algunos casos más pendientes en América, así es preciso que sea atendida la demanda ecuatoriana para darle al país un callejón amazónico, hasta las riberas mismas del Gran Río, advirtiendo que es la mínima demanda que podemos plantear, en aras de la confraternidad continental, y esto aún sin salirnos del Tratado de Río, y dándole una validez que hasta ahora no la tiene.

Si los demás países no quieren atender a tal demanda, en especial el otro contratante de aquel célebre Pacto, entonces, se habrá abandonado una situación esencial para la Nación Ecuatoriana a la suerte de los simples hechos y acontecimientos del futuro y a la mecánica de las fuerzas y leyes naturales.

LA HISTORIA Y EL HOMBRE.—Al comenzar nuestra segunda divagación sobre el Hombre ecuatoriano, o sea, en otros términos, sobre lo histórico en función de nuestro pueblo, hay que dejar sentada una premisa de carácter general. Propiamente no hay **razas** en sentido antropológico, y probablemente no las hubo jamás, al menos desde cuando comienza la Historia verdaderamente entendida; lo que hay, en todo caso, son **razas históricas**, es decir, agrupaciones sociales en función cultural, con un estilo de vida determinado y con



iguales disposiciones o predisposiciones para hacer su historia y participar así en la orquestación general de la Cultura Humana, en cuanto formación histórica suprema.

Los tipos biológicos han sido y son diversos y se han sucedido unos a otros, los mestizajes han entreverado los elementos étnicos más dispares y, en fin de cuentas, sólo podemos hablar ahora de una raza humana general **mestiza**, en cuanto producto de por lo menos dos corrientes o factores raciales. En cambio, los tipos históricos de los pueblos y grupos humanos se han ido perfilando y destacando cada vez más, deslindándose los campos de las culturas, y apareciendo lo que hemos calificado de **razas históricas**, aunque esta denominación una dos términos al parecer inconciliables.

Lo importante en los grupos y en los pueblos es, pues, su capacidad para hacer la Historia, para crear cultura, para participar en la empresa del género humano sobre la tierra que es justificar racionalmente su existencia y su permanencia indefinida. Aparece de este modo ligada esta divagación a la idea de **tiempo**, como la divagación sobre el territorio lo estaba a la de **espacio**, y es por eso la Historia la forma de la actividad humana en el tiempo. Surge también, a la vez, la noción de vinculaciones entre los hombres, inespaciales, fundadas sobre elementos de otro orden, ya se trate de la comunidad de fé y de creencias religiosas, ya se refiera a la comunidad de anhelos, aspiraciones y fervores colectivos, enderezados a la formación o creación de rasgos culturales. Estas vinculaciones son, podríamos llamarlas, **verticales**, en oposición a las **horizontales**, cuya horizontalidad es la característica de las vinculaciones en torno del espacio.

Las formas específicas que surgen, a consecuencia de estas relaciones son, en una primera etapa, las comunidades totémicas, de raigambre mágica, más tarde transformadas en Iglesia, y las actuales **naciones**, como producto elaborado de esas mismas comunidades primitivas en las que muy pronto la creencia en un supuesto vínculo de sangre reemplazó al vínculo mismo. Hoy, claro está, la Nación ha llegado inclusive a disputarle a la Iglesia la preeminencia, y, puesto que se trata, en el fondo, de dos formas contrapuestas —mientras la Nación se aferra a compenetrarse con el Estado, la Iglesia tiende a superar los límites nacionales y mantener su carácter internacional o supra-nacional—, lo lógico es que esa pugna crezca y vaya en aumento hasta que las formas nacionales sean absorbidas por una organización



mayor, lo cual parece dudoso todavía en el momento, o hasta que la Iglesia convenga en reducir sus límites a los de una Iglesia Nacional, única forma a través de la cual pueden coexistir las dos instituciones. Pero esto tampoco puede ser definitivo.

Sea de ello lo que fuere, y a fin de no adelantarnos a lo que consideraremos después, hay que indagar las posibilidades de creación cultural y de formación histórica del hombre ecuatoriano, sus condiciones intrínsecas y las notas dominantes o rasgos típicos de nuestro pueblo como tal.

LA CULTURA Y EL HOMBRE ECUATORIANO.—Una cosa, por de pronto, es innegable. Cuando en la prehistoria buscamos los centros de gravedad de las corrientes civilizatorias y los núcleos nacientes de la Cultura sobre el suelo de este Continente encontramos que el Reino de Quito es uno de esos centros y que, junto al del Cuzco, constituyen los dos grandes polos culturales en todo lo que hoy es Sudamérica. A mayor abundamiento, hay visos para sostener que aun esta última civilización no es sino el resultado de más antiguas culturas de procedencia ecuatoriana, de ser cierto el parecer de algunos modernos investigadores.

Así, pues, hubo garra para hacer historia en nuestros más remotos antepasados, y no sólo para hacerla, sino, además, para hacer girar en torno a su cultura a los demás pueblos, grupos y tribus dispersos en el ámbito del Nuevo Continente. Esto quiere decir que los modelos trazados por el genio del pueblo quiteño más antiguo sirvieron para cubrir los esfuerzos y afanes de cultura de sus vecinos y semejantes, en muchas leguas a la redonda.

Esta **aptitud**, llamémosla así, perdura a través de todo el período aborígen, si bien en una constante alternativa con el otro centro formado después en el Sur, y a través del período colonial, culminando en el modelo libertario cuajado en el Grito de la Emancipación del año 1809.

Es sólo la época republicana —hay que confesarlo, aunque lo lamentemos—, la que presencia una verdadera decadencia en el papel desempeñado por nuestro pueblo en el Continente, en cuanto se refiere a dirigir y presidir los destinos de esta parte del mundo. Y no únicamente porque, debido al impulso de otros factores, los demás pueblos nos hayan ganado la delantera en el camino, sino también porque nosotros mismos nos hemos demorado a la sombra de una mo-



rosa lasitud, como si, tras de haber elaborado una cultura, estuviéramos cansados y nos hubiera llegado nuestro séptimo día.

Y, lo que es más grave, dentro de la época republicana, todavía el siglo pasado emerge con más brillantes caracteres respecto de la primera mitad del actual, si se considera la pura realización de la cultura como el signo inequívoco de la potencialidad espiritual de un pueblo. Las bases de la cultura republicana en el Ecuador fueron puestas durante el siglo pasado, y aparentemente hasta ahora no han sido superadas en estos cincuenta años del presente, por mucho que tengamos en cuenta la influencia de la **perspectiva** histórica-sociológica en la apreciación de hombres y fenómenos.

¿A qué influencia de qué factores puede deberse esta caída en el abismo, este descenso en el plano de las realizaciones humanas, culturales y políticas de parte del pueblo ecuatoriano? Materia de otras nuevas investigaciones será el responder acertadamente a esta pregunta; pero es la verdad que necesitamos recuperar el tiempo perdido —como ya lo dijimos alguna vez— tanto como necesitamos recuperar el espacio perdido. Lo que sucedió, lo que nos sucedió el año 1941 habría sido inconcebible en cualquier año del siglo pasado y aún hasta en los primeros años del XX.

Pero no por ser dolorosa hemos de negar o empuqueñecer esta verdad, la de que las ricas corrientes espirituales y creadoras del hombre y del pueblo ecuatorianos han disminuido en caudal y que es preciso realimentarlas para que vuelvan a ser el impetuoso torrente que lo fue en todos los cinco siglos anteriores, no obstante y a pesar de la servidumbre colonial.

**LAS CUATRO ARISTAS DE LA CULTURA.**—Los cuatro ángulos desde los que se debe enfocar la Historia de un pueblo son —lo hemos sostenido en otro trabajo nuestro— el de la propiedad, el derecho, el arte y la organización social, si se quiere obtener una visión al mismo tiempo completa e integral de un país, de una época o una cultura.

Pero también se puede tener una visión sintética y válida si se reduce el campo de observación al fenómeno político, al que usualmente se ha reducido toda Historia. Hay algo de injusto en esa crítica que se suele hacer de la historia y de los historiadores, cuando nos han hablado de los hechos y sucesos políticos de un pueblo, enfocando a través de ellos



todo el desenvolvimiento histórico de ese pueblo. Y es que, fundamentalmente, es posible entender y estudiar la Historia en función de la política, porque, como ya lo dijo Aristóteles el hombre es un "animal político". De este modo, hay una relación entre lo Histórico, lo Político y lo Cultural, siendo, por consiguiente, el individuo un animal histórico y político a la vez.

Al decir "lo político", queda sobreentendido que esta denominación abarca y comprende dos sectores de actividades sociales equidistantes de lo político propiamente dicho, pero que lo informan, lo determinan y concurren a darle tal o cual carácter. Esos sectores son el de la Economía, base de sustentación de lo político y el Derecho, forma condicional de lo económico y de lo social en general.

Se trata, pues, de un triángulo equilátero, cuyo base está dada por los hechos de la experiencia política, y cuyos catetos están configurados por el fenómeno económico y por el fenómeno jurídico. No andaban, pues, muy descaminados los investigadores de la Historia cuando explicaban ésta a través de la fenomenología política, advirtiéndose, desde luego, que la política, en este caso, adquiere el rango de una forma global dentro de la que se encuentran involucradas las realidades económicas y las realidades jurídicas; pues si generalmente lo político se resuelve en lo económico, muchas veces lo económico puede también resolverse en lo político.

Hay que aclarar, por cierto, que lo "político" lo entendemos aquí, más que en el sentido actual, en el sentido propio del tiempo griego, esto es, como la forma total de la vida social del hombre, apareciendo así exacta, por lo tanto, la calificación de Aristóteles. Y, dentro de este sentido, lo político va conceptualmente unido a lo histórico y a lo cultural. En otras palabras, cuando el hombre inicia el proceso cultural propiamente tal, cuando comienza la marcha de la Historia es cuando la vida social adquiere forma y contornos políticos.

Y la razón secreta para que la Historia política de un pueblo pueda ser tomada como la verdadera historia radica en la natural propensión del fenómeno político a ocupar sitio prevaleciente en el desarrollo de ese pueblo a aparecer como determinante de toda la Historia, en virtud de que el sujeto de la Historia política viene a ser, a lo menos en teoría, todo el pueblo. Una Historia del Derecho, del Arte, de la



Religión o de la Ciencia, en cuanto historias particulares de aspectos parciales de una sociedad, pueden ser entendidas aún con referencia a determinados grupos o clases sociales, como sujetos de cada una de ellas; pero la Historia Política implica siempre la noción de todo el pueblo como sujeto del acontecer político, aunque más no sea que porque la Política es susceptible de una doble dimensión, pudiendo ser apreciada como la parte y como el todo, a la vez.

LO MAGICO, LO RELIGIOSO Y LO POLITICO.—Ahora bien, lo "político" es, así, forma de vida permanente y acompaña a un pueblo durante todo el trayecto de su Historia, notándose, sin embargo, en ciertas épocas o períodos una mayor **vivencia** del fenómeno político frente o al lado de los demás fenómenos. Por ello, es comprensible que, en nuestro pueblo, por ejemplo, no obstante que ha estado en "forma política" desde sus tiempos aborígenes, aparezca, como período de mayores **vivencias políticas**, el siglo XIX. Pues, si desde éste ángulo de consideraciones, tratáramos de establecer el episodio predominante en cada etapa de nuestra Historia, tendríamos que, durante la época aborígen, prevalecieron las **vivencias mágicas**, durante la época colonial, las **vivencias religiosas** y, a través del siglo pasado, las **políticas**. Bastaría considerar el hecho indiscutible de que, en este siglo, tuvieron lugar el movimiento de emancipación del año 1809 y la revolución liberal del 95, para corroborar nuestra afirmación.

La magia o lo mágico, característica de nuestra Edad Antigua, se apoya primordialmente en un plano emocional, y, por ello, no tiene necesidad de ocurrir al campo de la conciencia o la razón, precisamente porque en este plano no puede operar. Lo religioso, que, por un lado, linda con la magia, pero, por otro, se roza con lo político, se mueve ya en el plano de la conciencia —al menos debe moverse—, pero más en su aspecto de sentido que de razón; y esto, porque el individuo encuentra trazadas ya las finalidades de lo religioso con independencia de sus deseos, anhelos, aspiraciones, etc. Se trata de algo dado de antemano y que no admite reforma o corrección, sobre todo, si se quiere mantener las creencias en su punto.

En cambio, lo político, se apoya en la conciencia, pero concediendo primacía a lo racional. Aunque aparezcan trazadas ciertas finalidades, siempre el sujeto individual está



en condiciones de poder cambiar esas finalidades y elaborar sus propios planes políticos, tanto más efectivos y valiosos cuanto más técnica y racionalmente hayan sido trazados. Un político que se deja arrastrar por los acontecimientos es, sin duda, un mal político; al contrario, el buen político es aquel que puede imprimir su rumbo personal, que puede alterar los acontecimientos y, hasta diríamos, con la frase de Bolívar —un buen político, sin duda—, oponerse al destino.

Es así como la Política, más que la Religión, aparece como obra del hombre, y, por ende, como proceso histórico y obra cultural; y es de tal naturaleza que nadie puede escapar a sus proyecciones por indirectas que ellas sean. Se puede concebir individuos emancipados del control religioso, o de otros tipos de control, pero no puede encontrarse individuos emancipados totalmente del control político, bajo cualquiera de sus formas. Inclusive aquellos individuos que se reputan o se dicen a sí mismos **apolíticos**, porque no participan de las luchas partidistas, sienten, tienen que sentir de algún modo los inevitables efectos de los fenómenos políticos.

**PSICOLOGIA DEL MESTIZO.**—El hombre ecuatoriano está representado, en el momento actual, típicamente por el **mestizo** en el sentido de ser un producto del cruce y mezcla de razas diferentes. Probablemente, ya no se puede hablar en nuestra realidad de un grupo incontaminado racialmente, ni siquiera por el lado indígena, menos por el español. Y, de todos modos, esta condición de mestizo se refleja en todos los sectores y campos de la actividad social, porque esa es la realidad fundamental desde el punto de vista etno-anropológico, es decir, histórico.

Sabemos que es difícil todo intento de descripción de un tipo psicológico correspondiente a este mestizaje, y que, en definitiva, la psicología de un pueblo no puede ser comprendida en esquemas de caracteres diferenciales más o menos absolutos. Sin embargo, acaso podríamos trazar un bosquejo del tipo ecuatoriano actual, en estos términos: se trata de un individuo más místico que racionalista, más soñador que práctico, más aventurero que calculador, más resignado que rebelde, más inconstante que tenaz, más conservador que innovador, más hambriento y mal nutrido que bien alimentado, más emotivo que intelectualizado, más conforme que inconforme, más trágico que épico, en una palabra.



Por otra parte, y como virtudes positivas fundamentales hemos de aludir a su anhelo de libertad, su apasionamiento en la defensa de sus causas, su capacidad para el trabajo y su avidez por la cultura y por su mejoramiento.

Pues bien, todos estos factores se reflejan también en la gestión política general, en forma más o menos clara, más o menos duradera.

Lo valioso en la política de un pueblo está en que sus hechos, sus episodios puedan repercutir no solo nacionalmente, sino además fuera de las fronteras, es decir, en un ámbito mundial, o siquiera continental. Desde este aspecto, hay algunos episodios en nuestro fenómeno político del pasado siglo que llegaron a tener repercusión continental, por la posibilidad implícita en ellos de convertirse en modelos de acción política general, tales, por ejemplo, la Revolución de la Independencia, el movimiento nacionalista del seis de Marzo, el mismo episodio garciano, el movimiento restaurador contra Veintimilla y, de manera particular, la revolución liberal del 95.

**CONTRASTES POLITICOS Y ACTUALIDAD DEL PROBLEMA.**—Frente a estos hechos transcurridos en el siglo anterior, solo podemos oponer, en la primera mitad del presente, la Revolución del 9 de Julio de 1925 —que es necesario reivindicarla—, y el movimiento popular del 28 de Mayo de 1944, desgraciadamente perdido por las circunstancias que todos conocemos.

Como se verá, en este recuento, denominamos Revolución solamente a las tres que, en nuestro concepto, merecen tal calificativo: la de la Independencia, la Liberal y la del año 1925. Ciertamente que esta última ha sido discutida como tal, pero no hay que olvidar que dicho acontecimiento varió profundamente el curso de la política ecuatoriana, a tal punto que bien se puede afirmar que en ese año terminó su ciclo operativo el liberalismo en el Ecuador.

En el espíritu de la Revolución Juliana estaba impresa una nueva dirección, que acaso habría podido cuajar en una forma política socialista o socializante, al menos, ya en ese entonces, si las fuerzas socialistas hubieran estado mejor preparadas de lo que lo estuvieron en tal época. El vuelo inspirador del movimiento juliano hubo, así, de ser sofrenado y se desperdició un movimiento cuya tendencia claramente reformista, fué a morir en las gradas del Palacio, merced a las



hábilis maniobras de viejos políticos y dirigentes liberales, que bien pronto recuperaron sus posiciones estratégicas, para seguir extorsionando al pueblo ecuatoriano.

Para darse cuenta de que el movimiento del 9 de Julio sí constituyó, en su esencia y en sus alcances, una verdadera revolución, nos basta con tener en mientes que toda la legislación posterior, tanto en lo constitucional, como en lo institucional, en lo económico, y en lo político, en lo financiero y en lo social, es fruto directo o indirecto del impulso renovador que cristalizó en la revolución de Julio. Y hasta se puede decir que todo el proceso político, como nunca agitado y convulso, que siguió al movimiento hasta nuestros días, se debe a que ese impulso anda desorientado buscando la forma efectiva y definitiva en la que ha de cuajar, la misma que no puede ser otra que una de carácter y tendencia sociales.

Y si todavía esto no se ha efectuado en el plano de las realizaciones históricas es por equivocaciones y errores debidos a las mismas fuerzas socialistas, que de un tiempo a esta parte han venido perdiendo sus bríos revolucionarios y contentándose con mantener y apoyar un estado de cosas que se llama a sí mismo progresista y liberal, democrático y constitucionalista, pero que, en el fondo, no es sino la permanencia de la gestión política dentro de los antiguos moldes fijados por el liberalismo del primer cuarto de este siglo.

Por eso nos llama la atención que las mayores demandas del socialismo se hayan reducido, en la actualidad, a lo que se llama "el mantenimiento de las conquistas liberales", como si se tratara de hacer del socialismo una especie de continuación del liberalismo, una especie de liberalismo social o **progresismo**", como suele también repetirse. Pero, por experiencia nuestra, sabemos que justamente las etapas de "progresismo" se producen en el medio político ecuatoriano, como etapas de transición, y justamente cuando algún Partido, habiendo periclitado en su dominio gubernativo, se resiste a permitir que una nueva fuerza actúe, y se ampara bajo o tras del escudo del "progresismo".

Es por esta razón que el Partido Conservador tuvo también, en el siglo pasado, su etapa de "progresismo", y ya sabemos cómo terminó aquello; hoy el actual "progresismo" liberal —que es apenas la forma disfrazada con la que el liberalismo pretende seguir figurando al tope de las instituciones ecuatorianas—, tiene que terminar dando paso al advenimiento de formas políticas nuevas engendradas bajo el im-



pulso renovador del Socialismo, cuyos preludios los hallamos en hechos acaecidos hace ya veinticinco años.

Se ha venido repitiendo que la obra del liberalismo está inconclusa, que es preciso terminar tal obra y que todavía el país no está maduro para una estructuración de tipo socialista. Pero no hay tal cosa. El liberalismo se desarrolló ampliamente y es posible sostener que logró **en principio** cumplir sus tareas. Buena prueba de ello es que precisamente las llamadas "conquistas liberales" han penetrado tanto y se han afianzado tanto que ya nadie podría soportar que se las anulara, ni acaso los mismos conservadores; buena prueba de ello son las diversas clases de leyes vigentes desde hace mucho tiempo sobre nuestra realidad; buena prueba son la educación laica y las instituciones del matrimonio civil y del divorcio consensual, etc.

Pero es que no podemos quedarnos indefinidamente defendiendo las "conquistas liberales", como si el país no pudiera avanzar un paso más allá de lo ya hecho. Y este paso es el que necesita ser dado en esta misma generación.

Aparte de los episodios anotados, el curso de la política en nuestra historia ha sido, de manera general, desvaído, informe, sin resonancia nacional, en muchos casos, menos de influencia en el ámbito continental. Casi siempre el afán político de nuestro pueblo se ha perdido en la maraña de los intereses creados o se ha sumido en el claroscuro de las interferencias religiosas, convirtiéndose así la política, en unos casos, en proselitismo de tipo místico, y, en otros, en un simple juego de "fuerzas elementales y brutales", usando la frase de De Greef, para analizar una política de otro tiempo y de otro pueblo.

**EL HOMBRE ECUATORIANO Y SU VALOR ESENCIAL.**—Lo único que ha campeado inconfundiblemente, en toda esta etapa republicana de nuestra política, es el hombre ecuatoriano, encarnado en el tipo del **guerrillero**, del hombre civil armado —liberal, socialista o conservador— defendiendo su causa con el denuedo típico del apasionamiento característico del alma ecuatoriana, en los momentos y períodos de lucha; o representado por el ciudadano patriota, trabajador y justiciero, en los períodos de paz, igualmente apasionado en la defensa de "**sus ideas políticas**".

Pero este tipo ha sido casi siempre el hombre de clase media, el artesano, el pequeño comerciante, el trabajador



culto, el profesional y el estudiante, es decir, individuos reacios a permanecer en la penumbra que oculta a la masa indígena, y reacios también a servir de cohorte de los grupos aristocratizantes de los gamonales criollos.

Desde los tiempos de Aristóteles se entrevió ya que la salud de un pueblo radicaba en el fortalecimiento de una clase media, y creemos que esta es la verdad. Nuestra clase media, tan entusiasta y generosa, tan apta para los sacrificios y tan ávida de mejores oportunidades puede darnos la clave de una solución válida para mucho tiempo de nuestros más agudos problemas nacionales. Justamente, por ello, estimamos nosotros que el socialismo debe fincar sus esperanzas en una clase media, bien dirigida y controlada.

Aquí se ha repetido —siguiendo los cuadros generales de la organización social europea— que la revolución liberal es obra de la clase media y que el socialismo debe apoyarse, más bien, sobre los indios y sobre grupos de obreros. Pero esto lo dice la teoría; la realidad es que, en nuestro medio político, la clase media, como factor político, ha surgido a consecuencia de la revolución liberal y no ha terciado aún decisivamente en el proceso político, como sujeto activo del mismo; y en cuanto a los otros grupos, que tienen que ser incorporados indudablemente a un régimen de tipo socialista, no pueden empero tomar las directivas de tal régimen, al menos durante una primera etapa de su desarrollo.

Y, para terminar esta divagación sobre el hombre ecuatoriano en función de su historia, vale la pena entonar una alabanza en homenaje a ese hombre, presto al llamamiento de los grandes ideales, dispuesto siempre incluso a morir por lo que él llama "sus ideas" —y que viéndolo bien son el conjunto de ideas de los demás— o por "su Patria", por la que muchas veces ni siquiera se le ha permitido morir por temor de que, una vez armado, se encamine, en primer término, a tomar cuentas a los traficantes de la política interna. Una alabanza en honor de ese hombre ecuatoriano, del hombre de la calle, de ese hombre anónimo, héroe desconocido de la gran empresa de forjar en estas breñas de los Andes un tipo de civilización y una forma nacional capaces de imponerse en el plano de las realizaciones históricas del Continente. Una alabanza en homenaje a nuestro tipo medio, intuitivo, despierto, y creador, verdadero soporte de la colectividad ecuatoriana, en cuyas manos está el porvenir de nuestra Patria, de esta Patria que, por un lado ha sido demasiado igno-



rada por los indígenas —no por su culpa—, por cierto, y, por otro, demasiado vilipendiada por los blancos, con culpa grave de éstos, rezagos, más o menos bastardos, de los antiguos conquistadores españoles.

LIBERTAD, CULTURA Y EDUCACION.— Ese célebre personaje que se llamó Baruch Spinoza, y que ha sido uno de los más grandes filósofos, dió una curiosa, pero acertada definición del hombre: El hombre, dijo, es "una fuerza natural con la ilusión de su libertad". Pues bien, sin entrar a analizar tal definición, debemos admitir que todo el proceso de la civilización y del progreso humanos consiste en la tarea de hacer que esa ilusión se convierta en realidad.

Hemos querido señalar esta verdad al comienzo de la tercera divagación sobre el futuro, o sea, sobre la obra a realizarse en adelante, porque precisamente entendemos que para conseguir esa conversión de lo ilusorio en efectivo no hay un camino mejor indicado que el de la Educación.

La Educación aparece así proyectada sobre lo porvenir; aparece como una tarea que ha de tener siempre en cuenta ciertos aspectos del futuro para conformar a ellos sus actuales instituciones, sistemas y tendencias. Arranca del pasado, se realiza en el presente, pero ha de llevar en su seno cierta intencionalidad de futuro, de marcha anticipada, para lograr plenamente sus fines.

La cultura humana reposa fundamentalmente sobre la educación y no podría concebirse mismo ningún progreso sin el concurso de esta función vital de la sociedad, cuya importancia trasciende los cuadros meramente pedagógicos. En esencia, la educación es una función de realización permanente y global, dentro de la sociedad, sin que pueda tomarse la educación sistemática e institucionalizada sino como una fase parcial de ese gran proceso total de la educación sociológicamente entendida.

Desde este punto de vista la educación asume las proporciones de una actividad social irrenunciable, porque tiene justamente a hacer que esa "fuerza natural" que fue el hombre de las primeras edades sea la "fuerza social" que es ahora el hombre con personalidad ética, jurídica, cultural y humana, el hombre dotado de libertad, en una palabra, pero de libertad integral.



LA EDUCACION FUERZA LIBERADORA DEL HOMBRE.—El proceso educativo general ha ido paralelo al proceso de liberación del hombre. De las diferentes formas de opresión que el individuo ha padecido sobre la tierra, ninguna fue tan cabal, tan radical y absoluta como la opresión de la ignorancia. Y es de esta esclavitud de la que ha sacado al hombre esa función vital y noble de la sociedad que hoy conocemos con el nombre de educación, y que resume todo el desarrollo gradual de la especie, en el curso de los siglos.

Aunque no lo parezca, y aunque se haya tenido por cierto el fenómeno inverso, la verdad es que, en una primitiva etapa, el hombre, antes que estar sujeto al control de la Naturaleza, lo estuvo al de lo "sobrenatural"; siendo, más bien, lo evidente que de tanto trajinar en un "**universo demoníaco**", y de tanto andar mezclado con espíritus benignos o malignos, el hombre llegó a la conclusión de que, frente a la noción de tal universo, podía oponer otra, la de un universo "natural", regulado por leyes y principios en los que, al menos de manera directa, no intervenía para nada ningún poder sobrenatural. Este acisbo genial fue el comienzo de todo conocimiento verdadero y fecundo y es comparable al descubrimiento del "fuego", en el plano de las invenciones materiales. Desde entonces el hombre pudo ya inquirir, investigar, examinar, analizar y deducir, pudo, en una palabra, filosofar y meditar, al mismo tiempo que aprender y acumular el resultado de sus conocimientos en algún conjunto de ideas y conceptos generales, que vino a ser el patrimonio cultural de un grupo dado y un intento de explicación natural del universo.

En esta etapa surge la figura del educador, del maestro, propiamente dicho, encargado de transmitir a sus sucesores el acervo de los conocimientos, por medio de la función educativa. Así, tras la primera figura en aparecer, propia del período sobrenatural, el mago o sacerdote, surgió, en segundo término, la figura social del conductor. Conductor, en el más literal sentido de la palabra, pues educar, lo mismo que conducir, es, en el fondo, dirigir la marcha de las nuevas generaciones hacia derroteros nuevos, aprovechándose de lo ya adquirido y siempre tratando de superar lo existente.

Es cierto que, más tarde, y esto ya en una tercera etapa, lo "sobrenatural" volvió a ejercer su imperio, a través de las organizaciones religiosas y eclesiásticas, y se puede afirmar



que aún lo ejerce sobre determinados aspectos de la vida social, y de modo especial sobre algunos grupos de una colectividad; pero ya nunca más el hombre volvió a sentirse encerrado dentro de una concepción del mundo que no le daba tregua ni reposo, y lo "mágico" fué dando lugar a la formación de lo "religioso".

Una nueva forma de opresión surgió, entonces, al lado o junto con lo religioso y esa forma encarnó en el Poder político, representado drásticamente, en sus primeros tiempos, por el tipo de Estado despótico, arbitrario, casi desprovisto de toda moral y de Derecho, y, en cierto modo, contrapuesto a los organismos encargados del poder religioso. Si a esto se añade toda esa gama de controles ejercidos por las costumbres, los usos sociales y por el imperio de las convenciones de los mismos hombres, ya podemos imaginar que al individuo poco o nada le quedaba que estuviera libre de la coyunda de alguna imposición.

La Historia humana se resuelve en una serie de tentativas, con mayor o menor fortuna, para librar al hombre de estos grilletes, o, por lo menos, para tratar de justificarlos en forma más o menos racional. Emancipado el primitivo del poderío de lo "sobrenatural", ha tenido después que luchar por emanciparse sucesivamente de los otros poderes, inclusive de la Naturaleza, habiendo llegado a enfrentarse con el mismo Estado, cuyo poder se volvió el más fuerte a causa de haberse respaldado con la fuerza. Y en todo este trayecto, indudablemente, es a la educación a la que corresponde el verdadero papel de hada madrina de la liberación del hombre, en lo que consiste la esencia del progreso.

Ahora bien, desde cuando los procesos educativos se sistematizaron y algún órgano se encargó privativamente de la realización de esta función, ésta ganó en **eficacia**, aunque no en importancia, pues que ya la tenía. Y, desde entonces, hasta ahora, de lo que se trata no es de realizar o no tal función —porque se realiza quiera o no el individuo y se realizó desde el principio de la historia humana—, sino de **cómo realizarla**, de cual es la manera de efectuarla con vista a obtener mejores y más valiosos resultados.

Esta es la importancia de la **técnica** en la educación; sin embargo, por mucho que reconozcamos la influencia de lo **técnico** en dicho proceso, no hay que exagerarla, pues así como ninguna **técnica** puede influir notablemente sobre la "procreación biológica", tampoco podrá hacerlo sobre la



“procreación espiritual”. Y que la educación es obra común, que traduce al plano de los valores espirituales relaciones tan estrechas como las del engendramiento físico es inobjetable.

Por esto es por lo que la educación tiene que andar siempre en íntima relación con la obra entera de la sociedad, sin que pueda haber divorcio entre la función educadora y todas las demás que se realizan necesariamente en toda agrupación. La Educación es un proceso vital general que refleja, antes bien, el curso de todos los fenómenos sociales, siendo él mismo una fuerza influyente sobre el desarrollo de la colectividad.

CULTURA Y TRABAJO.—En la vida social todos somos, a la vez, educadores y educandos, o, al menos, debemos aspirar a serlo. Nunca acaba uno de aprender ni nunca se acaba de enseñar algo. Es este carácter de totalidad que reviste la educación lo que le vuelve activa, dinámica permanente y, al mismo tiempo, en constante evolución, en constante proceso de propio perfeccionamiento, el cual, por obra de una especie de refracción, produce el perfeccionamiento de la sociedad misma.

Es en este sentido cómo hay que entender aquellas expresiones de que los hombres de hoy podemos influir en el futuro de un pueblo o de una nación; de que está en las manos de los mismos individuos hacer que las generaciones del mañana tengan menos dolores y sean un poco más felices de lo que han sido las antecesoras; y finalmente, de que la educación es la única que puede lograr para el hombre la conquista y realización de ciertos ideales que todavía, por ahora, parecen lejanos y difíciles.

Más aún, podemos llegar a suponer que en el mundo del porvenir la educación asumirá el rol de un vínculo social tan poderoso que, acaso, venga a sustituir a otros tipos de vinculación, hasta ahora predominantes en la vida de relación social, tales como el de la sangre, el de la comunidad de creencias, el de la vecindad territorial, etc. Dentro de esta suposición de nuevos vínculos sociales operantes en un futuro de la organización social, sólo la **cultura y el trabajo** se presentan como capaces de establecer tipos de organización **super o supra nacional**, sobre la base de una comunidad de actividades.



La cultura, por cierto, como fruto de la educación, ha de pasar por un matiz **nacional**, para que pueda cimentarse sobre una base coordinada de esfuerzos y realizaciones emanadas del particular concurso de cada pueblo o grupo. Y es así como se puede hablar de una verdadera "cultura" universal, histórica y humana.

#### PROCESO EDUCATIVO Y FORMACION NACIONAL.

Desde el punto de vista de la educación nuestro país no anda a la zaga en el Continente; inclusive, se puede sostener que el adelanto técnico y el nivel mental del pueblo son de bastante valor; pero ha faltado la coordinación entre el proceso educativo y el proceso de formación nacional, que es el proceso de formación cultural, si hemos de entender la Nación como la creadora y mantenedora del estilo cultural de un pueblo.

Pero la obra de creación nacional es obra proyectada hacia el futuro, como la educación, y es esta condición la que permite cierta participación voluntaria y deliberada del hombre en uno y otro proceso.

No importa, por lo mismo, el que hasta ahora no se haya estructurado propiamente una Nación en nuestra realidad social, si es que hay ya indicios de una firme voluntad común de elaborarla; y como tampoco la estructura nacional puede ser considerada como definitiva, dentro de las posibilidades de organización social y humana, bien se ve que hay que entender a la Nación como una forma de cultura susceptible de ser involucrada en el progresivo desarrollo de la cultura universal.

Por otra parte, no siendo posible fijar el momento histórico en que surge o es dada una Nación, no pudiendo admitirse la validez del método **genético** para esta investigación, es preferible examinar el proceso de formación nacional, bajo o a través del prisma de la cultura, referido a un tipo ideal de Nación, por mucho que este tipo no se diera en la realidad social, y de acuerdo con un método finalista o teleológico, en cuanto se toma en cuenta el tipo nacional ideal, extraído por cierto de las sucesivas y acumuladas experiencias producidas en el plano de la Historia.

Así juzgadas las cosas, creemos que el proceso de formación nacional y cultural, en el país es un proceso en marcha y que la conciencia de este proceso es el dato capital en este instante; pero es indispensable alentar, alimentar y for-



talecer esa conciencia, para que efectivamente llegue a producirse un resultado positivo, apareciendo, entonces, de bulto la importancia, la responsabilidad y la obligación de los educadores de avivar o reavivar esa conciencia, en forma tal que la voz de esa conciencia tenga resonancia universal.

Gloriosa misión de la educación en el Ecuador; misión a la que tienen que sumarse todos los ciudadanos, no solamente aquellos que ejercemos la docencia, en cualquiera disciplina, sino todos los ecuatorianos que sienten la vida más como una contribución que como una expectativa de retribución; más como un deber que como una exigencia individual; más como una función social que como una mera función animal.

Ya muchos hombres y muchos educadores han comprendido esta verdad; sólo hay que insistir sobre ella a fin de que se convierta en la gran verdad y en la gran necesidad del Ecuador. Y el propósito de estas meditaciones no ha sido otro que éste.

Quito, 30 de abril de 1952.



**ÁREA HISTÓRICA**  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL